

AUTOBIOGRAFÍA DE UN TRIUNFADOR*

MANUEL ALBERCA
Universidad de Málaga

RESUMEN

Dentro de la escasez general de ensayos literarios sobre el género autobiográfico en España, escasez que comienza a ser paliada en los últimos años, cabe destacar la ausencia casi total de estudios sobre la abundante nómina de obras de este tipo, producidas entre los años 1900 y 1936. El presente trabajo forma parte de un proyecto más amplio y aspira a contribuir al análisis del discurso autobiográfico de ese periodo y de sus diferentes modelos memorialísticos. La autobiografía de Julio Nombela, *Impresiones y Recuerdos* (1909-1912) representa un buen ejemplo de la evolución del género y del horizonte de expectativas coetáneo, por la excelente recepción lectora que le fue dispensada en el momento de su publicación. Para nosotros, las memorias de Nombela encarnan a la perfección un tipo de autobiografía decimonónica cuyos rasgos definitorios básicos son la pretensión ejemplificadora y la exhibición de la imagen propia como paradigma del triunfo profesional. Al tiempo Nombela deja entrever trazos incipientes de un modelo memorialístico más personal que exigiría no obstante la presencia de una reflexión introspectiva, ausente en este caso, y la promesa, parcialmente incumplida, de narrar sucesos íntimos.

PALABRAS CLAVE

Julio Nombela, autobiografía, expectativas lectoras, modelos memorialísticos, 1900-1936.

ABSTRACT

Within the general shortage of literary studies on the autobiographical genre in Spain, which has become less acute in recent years, one might emphasize the almost total absence of studies on the many works produced between 1900 and 1936. The present work forms part of a wider study, and aspires to the analysis of the autobiographical discourse and styles of this period. Julio Nombela's autobiography *Impresiones y Recuerdos* (1900-1936), represents a good example of the evolution of the genre and the scope of contemporary expectations, judging by its excellent reception

* La preparación de este trabajo ha sido posible gracias a una subvención de la Dirección General de Investigación Científica y Técnica (DGICYT), proyecto n.º P 589-0047.

at time of publication. For us, the memoirs of Nombela embody to perfection and exemplify a 19th Century autobiographical style whose distinct characteristics are the exemplifying aspiration and self-image as paradigm of professional success. At the same time, Nombela allows us to catch a glimpse of initial outline for a more personal autobiographical model, which would demand the presence of introspective reflection, absent in this case, and the unfulfilled promise to narrate intimate events.

KEY WORDS

Julio Nombela, autobiography, reader expectations, autobiographical models, 1900-1936.

RÉSUMÉ

Malgré le manque d'études littéraires sur le genre autobiographique en Espagne –un manque qui commence à être pallié dans ces dernières années–, il est permis de mettre encore l'accent sur la presque absence totale d'études sur l'abondante liste d'oeuvres de ce type, produites entre les années 1900 et 1936. Le présent travail fait partie d'un projet plus large et qui vise à contribuer à l'analyse du discours autobiographique de cette période et de ses différents modèles mémorialistiques. L'autobiographie de Julio Nombela, *Impresiones y Recuerdos* (1909-1912), représente un bon exemple de l'évolution du genre et de l'horizon d'expectatives contemporain, à cause de l'excellente réception dont on fut l'objet au moment de sa publication. D'après nous, les mémoires de Nombela personnifient à la perfection le type d'autobiographie du dix-neuvième siècle dont les traits définitoires constituent la prétention d'exemplarité et la propre image comme paradigme du triomphe professionnel. En même temps Nombela permet entrevoir des traits en herbe d'un modèle mémorialistique introspectif, absent dans ce cas, et la promesse, inaccomplie, de raconter des événements intimes.

MOTS-CLÉ

Julio Nombela, autobiographie, expectatives lectorales, modèles mémorialistiques, 1900-1936.

PRESENTACIÓN DE JULIO NOMBELA

Julio Nombela ocupa un lugar (discreto) en la historia de la literatura española como prolífico autor de novelas por «entregas» y periodista de incontables

artículos publicados en numerosos periódicos y revistas, muchos de ellos fundados por él mismo. Entre 1836, fecha de su nacimiento en Madrid, y 1919, año de su muerte en la misma ciudad, desarrolló durante más de sesenta una activa labor literaria, que le hizo muy conocido y apreciado del gran público y le permitió alcanzar una notable posición social.

Sin embargo, para nosotros la copiosa obra de Nombela resulta hoy irrecuperable, su interés literario, exclusivamente sociológico, y su arte novelesco, sometido siempre a las exigencias de un mercado tan rutinario, simple y adocenado. Su nombre como novelista de éxito popular se sitúa junto a los otros grandes productores (Fernández y González, Pérez Escrich, Luis de Val) de un género que hizo posible la creación en España, por vez primera, de un público lector masivo, influyente en el mercado editorial y destinatario mimado por editores y autores.

Sin esta notoriedad literaria y sin su polémica actuación política, sobre todo por su adhesión al carlismo como secretario del general Cabrera, hubiera resultado injustificada la publicación de sus voluminosas memorias, bajo el título de *Impresiones y Recuerdos*. Las memorias fueron publicadas en forma de libro en cuatro volúmenes durante los años 1909-1912, si bien no parece improbable que con anterioridad fuesen publicadas fragmentariamente en forma periódica. En cualquier caso, la aparición escalonada atestiguaría el éxito editorial sin el cual no se explicaría su continuación.

El escritor de «entregas», el novelista atento a los gustos del público y disciplinado en las sugerencias de los editores, quiso con sus memorias reivindicar apologeticamente su triunfal carrera literaria y su significación de escritor de éxito. Nombela, que tuvo que renunciar a la creación personal para sobrevivir, se atrevió, abandonadas las múltiples figuraciones novelescas, a hablar de sí mismo, a levantar la obra de su vida y hacer de su persona un enfático personaje.

Ahora bien, si por un momento se deja a un lado su aspecto individual, *Impresiones y Recuerdos* se nos presenta como una viva y completa crónica de hechos y sucesos del siglo XIX, tanto más apreciables cuanto desconocidos, pues los historiadores no suelen atender en sus obras estos aspectos. Como dijera Manuel Serrano y Sanz, las autobiografías y memorias son estupendos documentos donde podemos asomarnos al estado social de una época. Así en las de Nombela vemos por dentro, en su medida humana, hechos históricos tan importantes como la revolución liberal-burguesa de 1854 o la tercera guerra carlista, donde las escenas de horror y admiración se superponen en igual medida. Por ellas conocemos infinidad de detalles del vivir cotidiano, como las incomodidades de los viajes en la época, las formas de diversión o las relaciones sociales y familiares.

Acogen sus páginas, relatada de manera eficaz y dramática, la terrible epidemia de cólera en el Madrid de 1855, con su cadena de muertes y miserias, que tan de cerca tocó al memorialista con la muerte de su hermana menor y la de numerosos amigos y conocidos. Igualmente resultan espeluznantes los cuadros de las madres carlistas que prefieren perder sus hijos a ver su causa derrotada.

Además *Impresiones y Recuerdos* es una completa relación de la vida teatral de la época: autores, empresarios, compañías, formación del conservatorio, sueldo, etc. Del mismo modo, la vida de periodistas y escritores recibe un amplio tratamiento: sus esfuerzos, la creación de revistas y periódicos y, sobre todo, el funcionamiento de la industria editorial de las entregas, los contratos entre editores y autores. El testimonio de Nombela resulta imprescindible para conocer de primera mano el nacimiento de un público lector popular en España, como bien aprovechó J. I. Ferreras en su conocida monografía sobre el tema.

MODELOS MEMORIALÍSTICOS

Pero, ¿qué interés pueden tener hoy para nosotros unas memorias como las de Julio Nombela? Dejando aparte su incuestionable valor histórico arriba aludido y su posible calidad literaria (dudosa en nuestra opinión por sus extenuantes descripciones y datos) calidad que, por el contrario, afirman Azorín y a Jorge Campos, el éxito alcanzado entre los lectores de su tiempo nos habla de los gustos y expectativas de principio de siglo con respecto al género memorialístico. Género que por ser tan sensible a la recepción del público permite hacernos una idea precisa del modelo imperante en aquellos años y cuyas claves autobiográficas corresponderían más al decimonónico, presidido por el valor documental e histórico, que al emergente modelo intimista del que Nombela, como más abajo veremos, muestra sólo disimulados indicios.

De acuerdo con el análisis de A. Caballé, el memorialismo decimonónico estaba presidido por una función social ejemplarizante o provechosa, que desechaba cualquier contenido individual por carecer de interés público. El resultado fue la omisión de todo lo concerniente a la vida personal, amputando una parte esencial de lo autobiográfico. Pero en esta omisión o rechazo, en muchas ocasiones expreso (ver las memorias de Estévanez o Mesonero Romanos) subyacía la presencia de lo personal y anunciaba una difusa demanda lectora de lo íntimo.

En el comienzo del siglo XX, dicha demanda de los lectores se va haciendo cada vez más explícita, anticipando una curiosidad en ciernes por lo más privado o secreto. De hecho Nombela, en el preámbulo de sus *Impresiones y Recuerdos*, junto a la motivación de enseñanza y utilidad que movía a los lectores del género, destaca también la curiosidad por indagar en las flaquezas humanas: «Escudriñar los misterios de la conciencia humana» (p. 18).

Sin embargo, él hará poco esfuerzo por saciar la chafardería de sus lectores, dándoles con cuentagotas lo que desean conocer y ocultándose pudorosamente en los episodios más íntimos como sucede en sus relaciones femeninas.

En esa declaración de intenciones autobiográficas que es el preámbulo, Nombela nos sorprende con una propuesta de democratización de las memorias, haciéndose eco de un tipo de autobiografía, las «historias de vida», que él habría conocido en Francia:

«No sólo los que han desempeñado papeles más o menos importantes en el teatro de la vida, sino hasta los espectadores más humildes y más felices por carecer de historia, deberían consignar sus impresiones, sus recuerdos, sus observaciones y sus juicios sobre lo que han visto y sabido a su paso por el mundo. Estas revelaciones ingenuas, sinceras, sin artificios retóricos, constituirían una lectura curiosa, útil, a veces agradable, y prestarían servicios importantes a los psicólogos y a los historiadores» (pp. 17-18).

Queda claro que la sugerencia revela al menos dos cosas, que este tipo de escritos eran infrecuentes o poco conocidos en España, y que el género estaba prácticamente reservado a los que desempeñaban, o creían desempeñar, grandes papeles en el teatro de la historia.

Nombela se va a mover en ese modelo que bascula entre la utilidad y la curiosidad, sin avanzar en el análisis ni en la introspección personales. Está preso aún del paradigma historicista del siglo XIX, y aunque él se coloca como centro y protagonista del relato, manifestando una clara conciencia de individualidad, lo primordial sigue siendo la crónica de lo exterior, de lo que sucede en torno a él o de lo que acontece en la superficie.

En consecuencia, *Impresiones y Recuerdos* pertenece al grupo de obras memorialísticas que publicadas en el comienzo del siglo XX evocan la historia y ambiente del XIX, cuyos rasgos caracterizadores vendrían dados por el convencionalismo narrativo y expresivo, la relación pormenorizada de la carrera profesional, el relieve especial concedido a los hechos históricos y la escasa manifestación de contenidos íntimos. Como hemos dicho, las memorias de Nombela responden con muy pocas variantes a los modelos decimonónicos, sobre todo en la reivindicación de su actuación pública y en la ejemplaridad con que quiere presentar su actividad de escritor.

LABOR IMPROBUS OMNIA VINCIT

«Hay que perdonar a los viejos que conmemoran sus buenos o malos tiempos (...). Los recuerdos de los ancianos forman el melancólico crepúsculo de una existencia que se acaba...». De este modo, entre añorante y disculpatorio, inicia Nombela, ya setentón, sus memorias bajo el tópico retórico de la *captatio benevolentiae*, que con su tono senil crea en el lector una expectativa de recuerdos amables. Sin embargo, este tono dura poco tiempo, dejando paso inmediatamente a la auténtica intención autobiográfica. A renglón seguido, y como si tuviere urgencia en mostrar sus méritos, el autobiógrafo nos muestra, con complacencia y satisfacción, la posición social alcanzada de la que se vanagloria (humildemente): «...luchando sin cesar, desde la pobreza vergonzante de la clase media a la que he pertenecido y pertenezco, he llegado a conseguir el apacible bienestar que ofrece una modesta fortuna, honrada y laboriosamente adquirida» (p. 17).

Instalado en esta doble perspectiva que le conceden los setenta años y el éxito social logrado, Nombela contempla orgulloso el difícil camino recorrido desde una infancia y adolescencia marcadas por las necesidades familiares de todo tipo, pasando por una afanosa juventud, sacrificada en aras de un trabajo remunerado hasta la conquista de una posición, ya en la madurez, como novelista de éxito popular.

La autobiografía se convierte en el relato de un triunfo personal y de un ascenso social, redentores de tanta miseria vivida. El autor cuenta pormenorizadamente el esfuerzo y la dificultad de su tarea, sin los que lo alcanzado carecería de mérito, porque tan importante como mostrar el bienestar conseguido es demostrar que el éxito no se alcanza ni fácil ni azarosamente, sino por el valor y trabajo personales. El éxito no se regala, se conquista, quiere remarcar. Desde esta óptica, la vida se presenta para Nombela con una aplastante y disciplinada lógica: Quien trabaja asciende en la escala social. Dicho de otra manera, cada uno tiene su merecido, o como él mismo dice: «Nadie debe quejarse de su suerte, por mala que sea». Y prosigue: «...al venir a la vida existen en nuestro ser, en embrión, los elementos indispensables para labrarnos la desgracia o proporcionarnos la ventura (...). A cada individuo le pasa lo que lógicamente debe pasarle» (p. 562).

Las memorias de Nombela adoptan una estructura similar a una *novela de tesis*, en la que el aprendizaje de la vida dota de carácter ejemplar y demostrativo cada acción. Las necesidades y penurias económicas, la presencia de un padre cesante, la pérdida de la madre, la búsqueda de un trabajo que ayude a la familia, son algunos de los obstáculos que se interponen en el camino del éxito. El autobiógrafo se recrea y deleita en describir, con anécdotas y detalles, cada uno de aquellos, para mostrarnos a continuación que su superación se debe sobre todo a sus virtudes, trabajo, honradez y voluntad. Pero en esta concepción cada una de estas cualidades no se pueden entender como naturales sino aprendidas, es decir, conseguidas; cada experiencia de la infancia o de la adolescencia se presenta como significativa en dicho aprendizaje; la renuncia y el sacrificio son la escuela necesaria para el futuro triunfador.

Narra Nombela su infancia temprana en casa del abuelo materno, alejado de los padres, como un paraíso dorado donde reinaba tiránicamente el niño que imponía sus caprichos a abuelo y criadas y donde la voluntad infantil, cruel y omnipotente, no se detenía ante nada. Los abusos del niño no parecían tener fin, los mimos y consentimientos del anciano abuelo estimulaban una voracidad sin límites, persuadido de poder conseguir con chantajes todo: «El mundo era mío» (p. 28).

La irrupción del padre en este paraíso pone fin a una educación que a juicio del autobiógrafo le habría lastrado de por vida: «Allí nació la voluntad que pudo hacerme desgraciado, si en vez de ser la fuerza ciega que empuja al ser humano hacia el abismo de los vicios, de las soberbias, de las maldades, no hubiera sido para dicha mía la fuerza que impulsada por el deber me ha servido para luchar,

vencer obstáculos y llegar al final de mi larga y trabajosa marcha por el mundo...» (p. 20).

La voluntad, o voluntarismo según nosotros, aparece ya desde la infancia como el rasgo más importante de su carácter adulto y laborioso. Su dominio y educación se convierte en el principal motivo del relato infantil, desde que la aparición del padre evita que el niño maleducado y mimado siga haciendo su «santa voluntad»: «Desde aquel día halló mi voluntad un continuo freno. Mi padre puso coto a mis caprichos, me privó del postre y me encerró en el tradicional cuarto oscuro para castigar mis desobediencias» (p. 33).

Similar función desempeña en la mente infantil el accidentado viaje a Almería. La primera salida de la casa le permite, con sus incomodidades y peligros, el descubrimiento del miedo y su poder formativo: «Mi valentía de general en jefe de las huestes que en la sala de mi abuelo representaban la Pepa y la Gertrudis, perdió gran parte de su intensidad. Mi padre había quebrantado mi voluntad; la tempestad y el anuncio de que podían asaltar a la diligencia unos bandidos debilitaron mi valor. Había en el mundo sustos, contrariedades, peligros, con los que no había contado y con los que, por lo visto, había que contar» (p. 36).

De este modo lineal y mecánico, el relato retrospectivo va exhumando del pasado infantil todas las huellas y marcas donde de manera indeleble y precisa iban quedando impresos los rasgos definitorios de su futuro carácter: la ternura, el sentimiento religioso, la rebeldía ante la injusticia, la afición teatral o la vocación literaria. Cada uno de estos descubrimientos se manifiestan de manera material o sensible, siempre a partir de una escena, un hecho o un texto, cuya impresión despierta sus sentimientos y forma su personalidad.

Por todo ello, más dispuesto que a la evocación nostálgica o al regodeo conmemorativo, el relato de infancia de Nombela adquiere un tono de aprendizaje severo, de preparación dura para la dura vida y se presenta también como un período de conversión íntima sin la que el logro social podría malograrse. Se destaca así la influencia de la infancia en la formación del hombre, pero sobre todo se pretende advertir de los peligros que conlleva para el porvenir una infancia indisciplinada.

Igualmente, algunos hechos licenciosos de juventud (una borrachera, alguna mala compañía) cumplen similar función ejemplarizante. No se trata tanto de desnudar confesionalmente el alma o mostrar la complejidad del comportamiento humano, sino de mostrar desde una óptica práctico-moralista, «los peligros que acechan a los jóvenes cuando no se acierta a corregir a tiempo sus defectos (...) En aquella ocasión yo mismo comprendí que las malas compañías podrían perjudicarme...» (p. 120).

Como queda dicho al comienzo de nuestro artículo, Nombela es uno de los grandes de la novela por entregas. Se encontraba entre los tres o cuatro mejor pagados y los editores se disputaban sus relatos. Esta posición profesional, y la consiguiente notoriedad, son el justo premio, en su opinión, a una carrera de constantes esfuerzos y de entrega absoluta a las letras. Vivir de la escritura es la

meta y aspiración perseverante para conseguir una próspera economía. Por eso, cuando recapitula su vida profesional no puede por menos que mostrarse vanidoso, falsamente modesto y muy satisfecho, pero ¡ay! con una espinita clavada en su corazón de artista. Nombela no era tonto y conocía perfectamente las leyes del mercado. Sabía que su éxito se basaba en una adecuación acrítica al discurso mercantilista-literario dominante, donde el triunfo iba (suele muchas veces ir) dissociado del valor. Se siente plenamente satisfecho de lo logrado, pero no puede evitar lamentarse por la renuncia a una obra literaria personal, en favor de la supervivencia.

Nombela, real o ficticiamente, coquetea con la idea, añora los tiempos juveniles cuando en compañía de Bécquer o Ferrán soñaba con la gloria literaria y lamenta hasta cierto punto haber traicionado la pureza poética juvenil, al no haber seguido los pasos de sus amigos. Pero sólo hasta cierto punto, porque, como veremos más abajo, cuando realice la semblanza final de los dos poetas citados, aun reconociendo sus méritos artísticos, no conseguirá disimular cierta autocomplacencia ante la vida de aquellos.

La historia literaria del autor es una historia de renunciaciones y concesiones, por mor del gran éxito ya dicho. Los intentos por armonizar la vocación literaria con la necesidad fue una pugna en la que quizás no había punto medio ni equilibrio posibles y la balanza se inclinó siempre del lado de la necesidad. El triunfo le exigió, así al menos nos lo quiere presentar, el sacrificio de la creación literaria y de la independencia artística, a cambio de un bienestar que le resarcía de las privaciones sufridas en su infancia y adolescencia.

Del mismo modo, Nombela confiesa haber hecho concesiones en los salones burgueses y aristócratas a los que, gacetillero agradecido, no tuvo empacho en elogiar: «Disfrutaba de simpatías en todos los círculos, propendía más bien que a censurar a alabar, y esto no por cálculo, sino como la cosa más natural del mundo, porque tenía la suerte de ver siempre lo bueno antes que lo malo, lo distinguido antes que lo vulgar, y no sólo no me costaba prodigar elogios, sino que el optimismo en este sentido era en mí un defecto del que solían acusarme mis camaradas». Y continúa: «...necesitaba estimar y ser estimado, ver de color de rosa hasta lo negro, creer, admirar y esperar. En los importantes periódicos en los que colaboraba podía dispensar favores de los que tanto agradan a todas las clases sociales, y particularmente a las de artistas y escritores» (p. 559 y p. 747). Humano, demasiado humano. Nombela en aquellos momentos luchaba por hacerse un sitio en el periodismo y prosperar en el salón burgués, mundo que no era el suyo pero donde su «adaptabilidad» estratégica le debió sin duda ayudar.

Así se integra en el todo Madrid, llegando a convertirse, en sus propias palabras, en una «persona conocida» de la vida social madrileña, sin negar nunca el placer que le producía «representar algún papel por modesto que sea, en la comedia de la vida» (p. 729) De gacetillero complaciente a personaje con papel propio, Nombela recorre un camino en continua subida, y la consecuencia más notable en el ejercicio retrospectivo es que el gacetillero queda demasiado lejos y

prevalece en la memoria presente el personaje perfecto y con alta estima de sí mismo: modesto, honrado e independiente. La escalada y la altura le convierten en un personaje amnésico y de una soberbia autoestima. Veamos algunos ejemplos:

1. «...el carácter pretencioso y casi solemne del literato hispanoamericano se diferenciaba mucho del mío, sencillo y llano» (p. 459).
2. «...los que no hemos nacido Sanchos somos más o menos Quijotes» (p. 293).
3. «...mi incurable quijotismo no me permitía aprovechar aquella migaja del festín» (p. 964).
4. «...mi sincera modestia...» (p. 559).
5. «La modestia, que me parecía entonces una virtud y que después he comprendido que no es más que una anemia del espíritu...» (p. 562).

Estas citas son un breve y expresivo reflejo del personaje magnífico que ha llegado a encarnar Nombela. Él lo repite hasta la saciedad, hasta que consigue bordar el papel que le abre las puertas de los salones aristocráticos, ya no como gacetillero intruso, sino como miembro de pleno derecho, cumpliéndose así lo que había constituido una aspiración permanente, como lo demuestran sus propias palabras: «Las impresiones que recibía mi espíritu en aquellas fiestas (...) despertaban en él ideas de grandeza, mostrándome a la vez la falsedad de mi situación (...) Entonces creía que la felicidad consistía en que fuese verdad para mí lo que constituía una situación falsa...» (pp. 477-478).

CAMBIO DE NOMBRE

En esta dialéctica de adaptación con que Nombela afronta la vida, destaca el asunto del cambio de nombre. Julio Nombela se llamaba en realidad Santos Justo Nombela y en los inicios de su andadura literaria un editor al que el joven escritor presentó su primera novela pensó que su nombre no resultaba suficientemente comercial. Así pasó a llamarse desde entonces Julio Nombela.

El hecho puede parecer banal o anecdótico. Poco importa que dicho nombre sea el resultado de una confusión auditiva («...oyó mal el de Justo, se le figuró que había dicho Julio...», p. 486). Nombela aceptó gustoso, sin aclarar el error para no contrariar al editor y desde entonces utilizará este seudónimo como su nombre propio. La anécdota nos parece ilustrativa de la filosofía práctica que caracteriza al autor, cuyo éxito literario dependía en buena medida de «hacerse un nombre», aunque ello conllevara la renuncia al propio.

Desde luego el cambio de nombre presenta múltiples sugerencias, desde las más puramente lúdicas (travestismo, placer) a las más conflictivas o reivindicativas, en que el nombre se vincula siempre a la búsqueda de una identidad propia. Como hemos visto Nombela acata la imposición del editor sin pestañear, sin ningún detalle de afectividad con respecto al nombre perdido. Pareciera que dicha

renuncia no le crease ningún problema, y sin embargo no es así, pues Nombela en otros tres episodios de su autobiografía manifiesta ser consciente de la importancia que tiene el caso.

El primero corresponde a la adolescencia. Cuando quería dedicarse al teatro, solicitó a su abuelo una carta de presentación del dramaturgo Bretón de los Herreros, para que a su vez éste le recomendase a Arjona, en cuyo teatro pretendía ingresar como racionista. El abuelo accedió a la solicitud del nieto, no sin antes exigirle que si pensaba dedicarse al teatro debería cambiar de apellido «para no deslustrar el suyo» (p. 139).

El segundo corresponde a su etapa triunfal, cuando Julio Nombela ya tiene un «nombre» como novelista por entregas. En aquel tiempo comenzó a colaborar en la prestigiosa revista *La Ilustración Española y Americana* y a publicar con su firma. Al censor de originales no le pareció serio que un autor de novelas de ínfima calidad artística y moral («pecadoras» según sus palabras) apareciese con nombre y apellido en dicha publicación y le sugirió que abandonase el género que tanto bienestar le proporcionaba o firmase con seudónimo los artículos de la revista. Contestó Nombela que lo primero era imposible y a lo segundo se negó porque cambiar de nombre, como él mismo dice, «no me pareció decorosa esta mascarada» (p. 781). O el relato esconde unas claves desconocidas para nosotros, o la doblez del personaje no merece más comentarios.

Hay un tercer episodio en el que reaparece el cambio de nombre, ahora bajo la forma de autovindicación literaria y de venganza o desahogo contra los críticos que nunca, como es notable, valoraron sus novelas por entregas. Nombela maquinó una maniobra de astucia para ridiculizar a los críticos y de paso revalorizarse él mismo. Para ello se verá obligado nuevamente a cambiar de nombre y presentar una novela propia, *La Piedra Filosofal*, como una novela traducida del alemán de un desconocido y misterioso autor llamado Obleman (anagrama de su apellido), seguro de que si la presentaba con su firma pasaría desapercibida. Planea perfectamente la estratagema y consigue el éxito de público y, sobre todo, de crítica que buscaba. Cuando ésta descubra el engaño, y por tanto la burla, no se lo perdonará nunca.

Las tres anécdotas reseñadas demuestran con claridad que el cambio de nombre no le pudo pasar desapercibido ni resultarle irrelevante y manifiestan a nuestro juicio el camaleonismo, el ansia por hacerse un sitio en el mundo literario, el afán de medro que no se detiene ante ningún obstáculo con tal de conseguirlo. Ahora bien, una vez alcanzado, una vez que «tiene un nombre», la cuestión no admitirá otras bromas que aquellas de las que él salga ganador.

ESPEJOS DEL ÉXITO

Dentro del género memorialístico, los retratos y semblanzas de personas ilustres o notables que el autobiógrafo ha conocido y tratado en vida constituyen un pasaje obligado del género y ocupan un espacio importante del relato. Las ra-

zones de su importancia pueden ser varias, en ocasiones la relevancia del retratado lo merece, en otras la función testimonial o histórica lo exige, pero muchas veces obedece a un deseo, consciente o inconsciente, de participar, aunque sea por delegación, del prestigio del gran personaje, al que se eleva a categoría de modelo o ejemplo a imitar.

En las autobiografías decimonónicas la referencia a personas destacadas está guiada sobre todo por este fin modalizante, espejo de moral y de virtudes en quien mirarse. De los escritores contemporáneos que Nombela conoce y trata, quien mejor representa la imagen del triunfo, por lo menos el triunfo tal como él lo entendió, es la figura de Fernández y González, máximo exponente exitoso de las novelas por entregas. La admiración y el reconocimiento al novelista no deja lugar a dudas. La semblanza se detiene en aquellos rasgos que precisamente más concitan la admiración del discípulo: facilidad y genio creativos, contratos ventajosos, pingües ganancias, buena vida y holganza burguesas. Sin embargo, desde la autoestima y soberbia que le caracteriza no puede evitar un juicio irónico y admonitorio cuando Fernández y González, ya casi anciano, se lie la manta a la cabeza y, abandonando a su legítima en Madrid, se fugue a París con una estanquera mucho más joven que él: «...no pude por menos de pensar que aquel hombre de genio estaba en una verdadera infancia con respecto de los detalles más sencillos y triviales de la existencia» (p. 718).

Pero es en los retratos de Bécquer y de Ferrán en los que a nuestro juicio merece la pena detenerse, porque las semblanzas realizadas resultan de una significación ambigua. Nombela conoció y trató a ambos en su juventud y por su mediación Bécquer y Ferrán llegaron a ser amigos. Después la relación fue menor, se distanciaron hasta prácticamente dejar de tratarse.

Es evidente que al recordarlos Nombela les confiere a ambos una proyección histórica, que en el caso de Bécquer era ya a principios de siglo incuestionable, aportando datos biográficos citados después por los estudiosos del poeta sevillano. Junto a este aspecto historiográfico, las vidas de Bécquer y de Ferrán cumplen, en su reflexión retrospectiva, un claro valor ejemplificador, *a rebours*. A nuestro juicio en esa reiterada apología del éxito propio, el autor no se satisface ya sólo con repetir los logros alcanzados, necesita recordar la dificultad del éxito para acrecentar la grandeza de su triunfo, destacando los peligros y riesgos sorteados en el camino y trazando la breve línea que los separa del fracaso. En definitiva, que se ha vencido donde otros se hundieron.

Respecto a Bécquer, Nombela es quizás más ambivalente pues la figura y la obra del sevillano encarnan el prestigio literario y el reconocimiento artístico con el que los dos jóvenes amigos fantasearon, hasta que la necesidad orientó al madrileño a una carrera de escritor, mientras Bécquer persistió en su arte abnegadamente. Así aparece éste investido con las virtudes literarias del poeta que hace de la escritura una entrega religiosa y de la inspiración un don divino, que le compromete a ser auténtico y sincero. «No se debe escribir (...) más que cuando el espíritu sienta la necesidad de dar a luz lo que ha creado en sus entrañas», dice Nombela que repetía y practicaba Bécquer, capaz de sacrificarse estoicamente,

para mantener la pureza de su obra y la dignidad de su persona. Frente a la entereza del amigo, Nombela no tendrá más remedio que lamentar, exculpándose: «Y yo, que por desdicha mía he tenido que infringir con frecuencia la ley psíquica que con tanto gusto oía proclamar...» (p. 341).

Según avanza el relato, y la autocaracterización del autor como emprendedor e infatigable luchador va en aumento, la idea de la fidelidad literaria y del estoicismo becquerianos es atravesada solapadamente por un matiz tendencioso donde se viene a identificar estoicismo con conformidad y resignación: «...y yo envidiaba aquella conformidad, aquella casi nirvana; pero sentía en mí ser energías para luchar y *no me conformaba con aquella grandiosa, admirable y estoy por llamar santa pasividad*» (p. 479, subrayado nuestro). La expresión es en apariencia admirativa y laudatoria, pero sólo en apariencia pues el ansia de promoción, el deseo de prosperar los entiende Nombela como una forma de vida superior a la conformista y pasiva manera del poeta.

De esta forma, cobramos conciencia de que la semblanza de Bécquer, desinteresada y admirativa, no lo es tanto, porque termina funcionando como espejo oblicuo donde Nombela se reconoce en sus diferencias y se aprecia en su superioridad práctica. Sin entrar a fondo en cuestiones polémicas de la vida íntima del poeta, como su fracasado matrimonio, tema que Nombela no trata, fingiendo no saber o dando una versión edulcorada, cuando en el momento en que escribía sus memorias eran bien conocidas del público las desavenencias de la pareja, presenta a la esposa de Bécquer como una mujer normal y amable, frente a la versión negativa que la presentaba como adúltera, lo que sugiere indirectamente una responsabilidad compartida de los cónyuges en la separación. De cualquier modo el lector no puede por menos que establecer una comparación entre los matrimonios de Bécquer y Nombela, y claro en este punto no cabe duda que la imagen resultante del novelista es la mejor.

Con el paso de los años las relaciones entre los amigos se irán distanciando cada vez más y de hecho desde el regreso de París en 1863, hasta la muerte de Bécquer en 1870, la diferente dirección que siguieron sus carreras literarias los separará. En 1870, según Nombela, sólo se vieron tres veces, la última poco antes de la muerte del poeta. Con gran riqueza de detalles, rememora aquel encuentro en que ambos van a hacer juntos el que sería el último viaje de Bécquer, desde la Puerta del Sol hasta el barrio de Salamanca donde ambos vivían. Encontró muy fatigado a su amigo, quien urgido por llegar a su domicilio, no reparó en el peligro de viajar en la clase imperial (al aire libre) del ómnibus en un frío día de diciembre. Trató de disuadirlo por el riesgo de enfriamiento que corrían, pero al no convencerlo, accedió a acompañarle. Durante el camino no pudieron cambiar palabra, se despidieron al final del trayecto, para nunca volver a verse. Nombela, a causa del enfriamiento guardó cama. Bécquer enfermó gravemente y murió a los pocos días, justamente el 22 de ese mismo mes.

El retrato final es tremendamente laudatorio, no sin dejar de insistir en los rasgos ambivalentes ya arriba mencionados (fe poética, estoicismo, entrega, conformismo, seriedad). El carácter póstumo de su gloria, el triunfo de la posteridad

que quizás también soñó Nombela, pero del que como pragmático tuvo que abdicar, sitúa al poeta en el universo de los elegidos del destino; la fatalidad y la muerte rodean de una aureola trágica su vida y obra; gloria y posteridad que a Nombela, sin dejar de admirarlas, le parecen de otra galaxia, la galaxia del éxito póstumo en el planeta del triunfo eterno. Demasiado lejano e intangible para él.

La relación con el poeta Augusto Ferrán fue menos intensa y más corta en el tiempo. Se conocieron en Madrid y compartieron algunas aventuras juveniles como el viaje a París, donde participaron de necesidades y penurias comunes durante un par de meses hasta que Ferrán decidió regresar a Madrid para cobrar una herencia de familia. Esta separación fue prácticamente la definitiva. La semblanza biográfica, aunque acoge algún detalle amable, resulta despiadada y paternalista: «¡Era una lástima! su mal no tenía remedio» (p. 568), concluye sin compasión al comentar su afición a la bebida. Más que un ejercicio de evocación amistosa, el retrato parece cumplir la función de negativo de su propia imagen, el modelo en el que no mirarse.

Ferrán ejemplifica a ojos de Nombela el camino inverso al suyo. Si él con el trabajo y sacrificio consabidos supo ascender desde una posición menesterosa a otra de cierta fortuna, su amigo se precipitó desde la prosperidad y abundancia familiares a la pobreza y catástrofe personal. Se puede decir que Ferrán representa para Nombela su antítesis y en esa medida el personaje le resulta incomprensible, y hasta cierto punto le irrita cada uno de sus gestos vitales. Parece que al poeta le gustaba desde niño pasar el tiempo con los obreros del negocio familiar, hablaba con ellos y frecuentaba el taller donde trabajaban. A diferencia de Nombela, cuya vida fue una fuga hacia el salón aristocrático, disfrutaba con el trato de las clases populares y rechazaba los medios burgueses a los que pertenecía de manera natural.

A juicio de Nombela, esta simpatía infantil no presagiaba nada bueno, y anticipa los futuros vicios y deformaciones que le conducirán de manera inexorable a la locura y a la muerte en condiciones miserables. Apático, indisciplinado, perezoso, derrochador, borracho, la única nota positiva que entresaca Nombela es su afición por las lenguas y literaturas europeas y por la poesía: Introdutor en España del poeta alemán Heine y autor de «dos microscópicos libros de poemas», repite el autor en varias ocasiones. Lo realmente incomprensible, lo que le saca de quicio, es que Ferrán, gozando de todas las ventajas materiales y pudiendo acrecentar su patrimonio y su nombre, renunciase a «ser algo en el mundo», que malograrse el éxito por falta de esfuerzo. Esto, más allá de cualquier moralismo, era lo que su mentalidad competitiva y escaladora nunca pudo entender.

EN POLÍTICA

No creemos que Nombela fuese persona de fuertes convicciones políticas. Su participación en política más parece responder a la búsqueda del provecho individual, presente en todas sus actuaciones, que a una vocación de influir social-

mente. De hecho, en su recopilación retrospectiva, muy condicionada por su adhesión tardía y fracasada al carlismo, se filtran continuamente juicios contra la política y los políticos hechos desde una presunta independencia, que cuando menos es contradictoria.

Éste va a ser el sino de Nombela en política. De una parte carecía de afán y condiciones para su ejercicio, pero al mismo tiempo se veía obligado a moverse en ese entorno, sin cuyos contactos poco podía conseguir en la carrera literaria y periodística. Su acercamiento a políticos no le reportó sino disgustos. Esta frustración personal le acarreó el descreimiento radical de un juego en el que intentó participar con poca fortuna. Por eso la diatriba contra los políticos que jalona sus memorias no deja de manifestar una sensación de fracaso y resentimiento.

Es muy difícil desentrañar a partir del relato autobiográfico la ideología política de Nombela, pues en la juventud mostró una simpatía espontánea por los rebeldes de 1854, después se acercó a los moderados, y terminó simpatizando con el carlismo, sin que estos cambios vayan acompañados de una reflexión que justifique tan marcada evolución.

Esto es así porque en Nombela pesan mucho más los hechos y vivencias personales que cualquier tipo de discurso político. A nuestro juicio en el pragmatismo de Nombela interviene sobre todo la posición y experiencia de su padre, que en el comienzo de *Impresiones y Recuerdos* relata. El padre de Nombela había alcanzado el grado de alférez de Carabineros, cuerpo en el que entró, joven aún, en 1820 para luchar contra el absolutismo de Fernando VII y en defensa del liberalismo progresista que profesaba. En esta etapa conoce al que con el tiempo llegaría a ser famoso general e importante político de la primera mitad del siglo XIX, Francisco Serrano. La amistad de los dos militares duró hasta que Serrano en un gesto de oportunismo corrió para comunicar al gobierno reaccionario el fracaso del levantamiento de Torrijos. Este gesto de Serrano, que también simpatizaba con la causa liberal, nunca fue perdonado por el padre de Nombela. Como tampoco perdonó Serrano que aquél no quisiera firmar un comunicado que exculpaba al general de ser el portador de la noticia de la derrota de Torrijos y sus compañeros.

Este hecho va a ser decisivo en la vida de su padre y también en la de toda la familia. Cuando el padre quede cesante, siendo ya ministro Serrano, y le solicite recomendación para salir de esta situación, la respuesta del político será afectuosa, prometiendo interesarse por él pero sin hacer nunca nada en su favor.

Esta circunstancia condicionó la infancia y adolescencia de Nombela y obligó a la familia a una situación de miseria. En este contexto debemos buscar, además de ese infatigable afán de ascenso social ya comentado, la razón del rechazo profundo a la política, pero también la conciencia de que sin el favor de los políticos y sin la astucia y flexibilidad que le faltó a su padre, poco o nada podía conseguirse. Esta ambivalente conclusión a la que debió llegar, atraviesa el retrato de su progenitor, al que no duda en definir como activo, laborioso y honrado, pero carente de la habilidad para conseguir un empleo.

La situación del padre se convierte así en una razón básica para entender que Nombela nunca, salvo su entrada en las filas del carlismo, participe activamente en política. El progresismo del padre no le provoca, más bien al contrario, ningún deseo de intervención política en la juventud, preocupado sólo por conseguir un empleo de subsistencia primero y por una posición acomodada después.

Hay todavía un detalle autobiográfico que así lo demuestra. Cuando Nombela regresa de Sevilla a Madrid, viene con un libro bajo el brazo, escrito por Bécquer, Campillo y él mismo, con la esperanza de verlo publicado pronto y conseguir el dinero que los amigos sevillanos necesitan para instalarse en Madrid. Es al año 1854 y el ambiente prerrevolucionario que se encuentra en la capital entusiasma al joven, se siente identificado con los rebeldes que luchan en las calles, hasta que cae en la cuenta que la revolución no había de ayudarle en nada a sus propósitos editoriales, pues en aquella situación de efervescencia política, pensó el autobiógrafo, sería difícil encontrar lectores para un libro de poesía y aún menos editor dispuesto a arriesgar su dinero. No será ésta la última ocasión en que Nombela sienta que literatura y política entraban en un conflicto irresoluble, conflicto con el que tendrá que convivir, y a pesar de la dificultad, tratar de sacar provecho para su carrera.

Desde este punto de vista, para Nombela la política es una trama de relaciones que le ayudan o facilitan sus objetivos de medro. En estas ocasiones la aversión hacia los políticos queda en suspenso, mientras que la ayuda se mantenga o le sea necesaria. Así hay que entender su relación con el político moderado Ríos Rosas. Nombela le había conocido antes de marcharse a París, de donde regresó en parte por las prebendas que el político le prometió. Vuelto a Madrid, y mientras esperaba la cátedra de teatro o la dirección de un periódico e incluso un acta de diputado en Cortes, promesas que una tras otra se irán diluyendo, hizo las funciones de secretario particular del político, con la potestad de abrir y contestar correspondencia, lo que da idea, en opinión de Nombela, de la confianza de que llegó a gozar. Sin embargo dicha confianza duró poco y se quebró por la sospecha de Ríos Rosas de estar siendo espiado por medio de su secretario. Despidió a Nombela sin muchas explicaciones, dejándolo en una situación difícil: «Mis inclinaciones literarias, mis relaciones, todo lo sacrifiqué a aquel hombre que había olvidado mis sacrificios y procedido no con la nobleza que debía esperarse de su gran talento y corazón, sino como un ser vulgar, mezquino e inconsiderado» (p. 698).

Aunque pasado el tiempo Ríos Rosas le dé una explicación y le pida perdón, cuando realice la semblanza final del personaje, a pesar de haber recibido numerosos beneficios de aquél, no le temblará el pulso y, sin cuestionar nunca su honradez, será rigurosamente crítico y ridiculizador. Es paradójico que Nombela, que no suele regatear elogios y alabanzas cuando se trata de personalidades con las que ha tenido poca relación, en cambio sí se trata de agradecer o reconocer, como sería el caso de Ríos Rosas, la ayuda recibida, se muestre minimizador de todo lo que pueda reducir o eclipsar su mérito personal.

Algunos años después del episodio de Ríos Rosas, Nombela se convirtió en un activo conspirador al servicio de la causa de Carlos VII. Mucho se puede especular en torno a esta sorprendente y tardía adhesión al carlismo, pero lo único cierto es que Nombela dejó sin explicar las causas de este cambio. Las razones que aduce el memorialista son bastante peregrinas y se remontan a algunas amistades vascas de su juventud, a sus veraneos en el País Vasco y poco más.

Pero aún más sorprendente que el cambio de pensamiento político resulta la entrega intensa a la actividad política, justo cuando, como él mismo reconoce, atravesaba una época de felicidad personal y bienestar familiar que quedó bruscamente interrumpida (p. 793).

La participación en la causa carlista es sin duda el pasaje de su vida de mayor relieve histórico y al que con anterioridad había dedicado el libro *Detrás de las trincheras*, citado frecuentemente en las memorias. Trata de explicar, sin conseguirlo, una decisión que ya en la época debió resultar desconcertante. La justificación adopta un tono autoexculpatorio porque la opción del carlismo se presenta como la última posibilidad de gobernar España, visto el fracaso de la monarquía absoluta y la falta de preparación del país para la República. Al mismo tiempo, una repentina toma de conciencia y el deseo de contribuir a «la regeneración de España», hace de Nombela un inesperado servidor de la causa carlista y un entusiasta partidario del sistema foral, al que llega por el contagio político de sus amigos vascos, Mena, Landa y Zabalza, que no se encuentran entre sus amigos más íntimos ni constantes.

En fin, cambios más imprevisibles se han visto y no se va a cuestionar ahora la libertad de optar políticamente, pero resulta extraño que un madrileño como Nombela, que mantuvo una amistad «de café» con algunos vasco-navarros, después de tres años de estancia en París, regrese convertido en un convencido foralista y enemigo acérrimo del liberalismo extranjerizante. La noticia dada por el autor resulta poco explicativa de su evolución política y de su acercamiento al carlismo, demasiado rápido para que no obedezca a razones que Nombela no da o a nosotros se nos escapan.

Y puesto que las razones últimas e íntimas de Nombela se nos escapan, o se nos ocultan, la única explicación posible hay que buscarla en las razones políticas que hicieron, a ojos de los moderados, de la revolución del 68 y del radicalismo republicano un tremendo fracaso. Para muchos moderados que contemplaban el avance revolucionario, el carlismo quedó como el verdadero representante de «la resistencia católica», al que se adhirieron también los sectores eclesiásticos y el ala derecha del catolicismo (Jover: 1990, pp. 330-331). Frente al peligro revolucionario la consigna era clara, resistencia tradicionalista, y lo que mejor encarnaba dicho tradicionalismo era el carlismo. Esta parece ser la postura que Nombela, católico siempre, pragmático en política, elegirá en cada ocasión, del daño el menor, y la revolución con sus interrupciones y algaradas representaba un peligro mayor a su carrera de escritor.

No menos sorprendente que la actividad como conspirador carlista y como correo entre la Corte de Carlos VII y la Junta de Madrid, es el nombramiento de Nombela como secretario del general Cabrera, cuando colabora todavía con dicha Junta y el general está buscando una solución particular que contemple el reconocimiento de su categoría militar y nobiliaria y ponga fin al exilio. El general carlista, conocido también como el Tigre del Maestrazgo, después de intervenir victoriosamente en la primera guerra carlista y de participar en la segunda con menor éxito se exilió a Londres donde se casó con una aristócrata inglesa. En los años que van de 1873 a 1875, se encuentra muy distante de la corte del pretendiente, no aprueba la tercera guerra carlista y se muestra partidario de llegar a un acuerdo con Cánovas.

Es curioso que en aquel momento en que Nombela todavía hacía la función de correo entre los dos núcleos que alentaban la guerra (la Corte y la Junta de Madrid), entrara al servicio de Cabrera que, como hemos dicho, no la aprobaba. De cualquier modo son tiempos en que la comunicación entre las Juntas y la Corte se veía dificultada por la camarilla que rodeaba a don Carlos, aumentando las disensiones dentro del carlismo como consecuencia de las primeras derrotas de la guerra, que hacían ganar adeptos a las tesis de paz de Cabrera.

En este contexto Nombela tomó partido por Cabrera y su relato subraya el caos y la división en el campo carlista. Defiende los pactos de Cabrera con Cánovas, si bien sabemos que éstos fueron incumplidos por el segundo, y reivindica una imagen más humana del general que contrarresta la de su legendaria crueldad.

Al final de la aventura política y regresado del exilio, Nombela deplora el tiempo y tranquilidad perdidos, toma la firme decisión de apartarse para siempre de la política y resarcirse del fracaso, volviendo a luchar por una posición digna que asegure el bienestar de sus hijos y una vejez desahogada.

HIPERMNESIA BANAL

Un contemporáneo de Nombela, el psicólogo francés Theodule Ribot, en su obra *Les Maladies de la Memoire* (1911, p. 46) había dicho: «Una condición de la memoria es el olvido. Sin el olvido total de un número prodigioso de estados de consciencia, no podríamos acordarnos de nada. El olvido, salvo algunos casos, no es una enfermedad de la memoria, sino una condición de su salud y de su vida. La memoria nos da del pasado un cuadro, a la vez, engañoso y exacto». Salvo muy esporádicas ocasiones que demuestran lo contrario, o Nombela desconocía esta condición de la memoria o fingía desconocerla. Así son escasísimos los momentos de sus memorias en que relativice la fiabilidad de los recuerdos y muy pocas las veces en que hace uso de fórmulas rememorativas de dudas o lagunas de la memoria.

También cuando prima los recuerdos de niñez o juventud sobre los de madurez al final del sexto, y penúltimo, libro de *Impresiones y Recuerdos*, está actuando desde la perspectiva del septuagenario triunfador que privilegia los recuerdos más lejanos, aureolados por el prestigio de la lucha voluntariosa del niño o del joven por conseguir un porvenir: «Por otra parte, cuantos alcanzan una edad avanzada saben que los recuerdos de la niñez y de la juventud se conservan en la memoria con mayor precisión y lucidez que los que al declinar la existencia van marcando el cansancio y el desaliento» (p. 974)

Es decir, Nombela quiere dejar claro que se siente más dotado memorialísticamente para hablar de su niñez y juventud que de etapas posteriores de las que no tiene la misma fiabilidad. En razón de esto dedica casi mil páginas (seis libros) al relato de su vida hasta los treinta y nueve años y se liquida el resto (1876-1912) en poco más de ochenta páginas. Por un lado Nombela acota el espacio memorialístico en función de las mejores posibilidades rememorativas, aquellas etapas que parecen más interesantes para su propia imagen y accesibles a la memoria. Por otro, aplica al pasado personal el modelo historicista, predominante y prestigiado en la época y, debemos suponer, entre sus posibles lectores. Se comporta como un historiador del siglo XIX, recuperando fácilmente el pasado a través de la memoria consciente y de los materiales escritos, crónicas, testimonios, libros, periódicos o documentos legales, como sucede en el comienzo del libro, donde la fecha de su nacimiento queda certificada por la fe de bautismo que comprobó en su parroquia.

La consecuencia de la aplicación de este modelo documental e historicista al discurso autobiográfico es un relato prolijo y pormenorizado de detalles nimios, que abusa de la descripción y enumeración de circunstancias sin repercusión en el argumento de la vida y excluye la profundización en los hechos como se ha visto en el apartado de su actuación política.

El detalle microscópico, el anecdótico variadísimo, quedan como demostración de una memoria privilegiada capaz de recordar con todo pormenor un paseo juvenil en compañía de Bécquer entre Madrid y Carabanchel en busca de un empleo que no habría de conseguir y que queda, si acaso, como expresión de la voluntariosa búsqueda de trabajo (pp. 373-378).

El relato minucioso, y extenuante para la paciencia del lector, busca en nuestra opinión, en combinación con una reiterada promesa de sinceridad, la conquista del crédito del lector: ganar su confianza y convencimiento de que se cumplirán los compromisos autobiográficos contraídos.

Como se ha señalado al principio de este artículo, en el preámbulo de sus memorias, Nombela destaca la ejemplaridad y la curiosidad como los motivos principales del acercamiento de los lectores al género autobiográfico. Tocante a la ejemplaridad el lector no puede tener quejas, dicho sea irónicamente, pues el autor ha construido de sí una imagen perfecta, escultórica y sin mácula, ejemplo del hombre que actúa sin fallos y consigue todos sus objetivos: marido perfecto, yerno perfecto, hijo perfecto (aunque de la muerte del padre da escueta noticia).

Como tal triunfador, difícilmente comete errores o rara vez reconoce haberlos cometido. Si éstos ocurren, o es culpa de su imprudencia o de un exceso de confianza en los demás que traicionan su buena voluntad. Es lo que a su juicio ocurre en su relación con Ríos Rosas o en su boda frustrada, con la novia que lo abandona por... un vestido de seda, aclara descalificándola el autobiógrafo. En ambos casos, como en otros en que la penuria familiar o las necesidades económicas le colocan en posición de víctima (falsa), la confesión de sus desgracias y desengaños pretende seducir al lector con este gesto de complicidad, al tiempo que ensalza un poco más su figura.

Pero si el lector esperaba curiosear en sus flaquezas humanas o adentrarse en los misterios de la conciencia de Nombela se sentirá bastante defraudado, porque o bien no profundiza en sus sentimientos, o bien omite expresamente aquello que considera que pertenece únicamente a él y a su familia: «El amable lector de estos *Recuerdos* habrá observado que muy poco o nada refiero de las interioridades de mi hogar: la felicidad sólo interesa a los que la disfrutan (...) Revelarla, exhibirla, ponderarla, es una falta de piedad para los que en vez de la santa y bienhechora paz doméstica cultivan la discordia en el seno de su familia o carecen de hogar» (p. 874).

En fin, la excusa redundante en la idea de la familia perfecta y feliz e incumple las promesas de sinceridad hechas una y otra vez al lector. La creación de una familia y de un hogar («mi más constante aspiración», repite Nombela) no da lugar a confidencias de la vida matrimonial ni de sus problemas; incluso, cuando se enfrenta a las dificultades que en principio tuvo la relación y el noviazgo, Nombela se torna olvidadizo y relega todo al «jardín misterioso de los recuerdos» (p. 637). La razón parece clara: Nombela no puede comprometer el prestigio de su matrimonio revelando intimidades, cuando se quiere presentar éste como un jalón más de los logros personales alcanzados.

Una vez casado nada puede alterar la maravillosa paz hogareña y marido y esposa se presentan unánimemente unidos, sin fisuras ni diferencias. En este panorama, resulta lógico que el mundo femenino desaparezca para el autor, presentándose tácitamente como un marido ejemplar.

Con anterioridad a la boda, da cuenta de sus relaciones con las mujeres (¿todas?), siempre desde una óptica basada en dos pilares: una intimidad contenida, pudorosa, y un deseo de reforzar su propia imagen. Así en la primera juventud se retrata como enamorado platónico y respetuoso de dos mujeres casadas (Teodora Lamadrid y Teresa), admirador prudente de Carolina Lamas, novio honrado que rechaza una ventajosa boda y, por último, enamorado confiado y burlado, «ad maiorem gloriam» de sí mismo.

De este modo, Nombela pinta un cuadro de sus relaciones femeninas en que todo parece controlado por sus intereses y se convierte en una lección práctica de la vida: «...lo poco que he sabido en el mundo me lo han enseñado las mujeres (...) ¡Cuánto tengo que agradecerles!». Tan ideal resulta la pintura, tan sospechosamente equilibrada que el propio autor adelantándose al recelo del lector no ten-

drá por menos que declarar: «El lector malicioso pensará que en el relato de mis recuerdos incurro ex profeso en algunas omisiones (...). Las omisiones que ahora sospecha el malicioso o experimentado lector irán desapareciendo oportunamente» (pp. 229-230). El lector puede seguir esperando, porque Nombela, incumpliendo su propio pacto, se esconde tras la hojarasca de las anécdotas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- NOMBELA, J.: *Impresiones y Recuerdos* (4 vols.), Madrid, 1909-1912, Imp. «La Última Moda». Reedición (1976), con prólogo de Jorge Campos, Madrid, Tebas. Las citas del artículo son de esta última edición.
- CABALLÉ, A.: «Memorias y autobiografías españolas (siglos XIX y XX)», *La autobiografía y sus problemas teóricos*, *Anthropos*, Suplementos 29, Barcelona, 1991, pp. 143-169.
- FERRERAS, J. I.: *La novela por entregas (1840-1900)*, Madrid, Taurus, 1972.
- JOVER ZAMORA, J. M.: *Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo (1834-1923)*, *Historia de España*, VIII (dirección Manuel Tuñón de Lara), Barcelona, Labor, 1990.
- LAPIERRE, N.: «Changer de nom», *Communications*, 49, París, Seuil, 1989, pp. 149-160.
- LEJEUNE, Ph.: «Autobiographie et histoire sociale au XIX siècle», *Individualisme et autobiographie en Occident* (direction: Claudette Delhez-Sorlet et Maurizio Catani), C.C.I.C., Université de Bruxelles, 1983, pp. 209-234.
- MARTÍNEZ RUIZ, J. (Azorín): *Los valores literarios*, Madrid, Caro Raggio, 1922.
- RIBOT, T.: *Les maladies de la memoire*, París, 1911, Alcan (1ª ed. 1881).
- SERRANO Y SANZ, M.: *Autobiografías y memorias* (coleccionadas e ilustradas por.), Madrid, Bailly-Bailliére e Hijos, 1905.